

“Tú, yo y el Alzheimer”

Entré a la residencia, parecía un lugar en el que ningún alma tenía vida.

Fui a ver a mi abuelo, le saludé, alzó la mano y la agitó en el aire, aunque tenía una extraña cara como de confusión. Me acerqué y me senté a su lado y le acompañé



durante unas horas. Me miró y me dijo: “¿Tú quién eres?”

Hace algún tiempo le habían diagnosticado Alzheimer y, aunque aún se encontraba en la etapa temprana, a veces, no era capaz de reconocermme. “Soy Emma, abuelo, tu nieta”, le contesté.

Durante el resto del tiempo estaba callado, sin moverse, mirando a través de la ventana a un punto fijo, de pronto me habló, “Vamos a cazar ranas”, me dijo. No entendí a lo que se refería.

Al cabo de un rato llegaron mi abuela y mis padres, “Abuelo mira, este es tu hijo Juan Pablo, su mujer, Nuria y tu esposa, Ana María, ¿los recuerdas?”. Balbuceó algo incomprensible. Se sentaron a nuestro lado y mi abuela le dio un beso en la frente. Estuvimos hablando un tiempo, incluso conseguimos que mi abuelo asomase una pequeña sonrisa por la comisura de sus labios de vez en cuando.

Ya eran pasadas las nueve de la noche, dejamos a mi abuelo cenando, nos despedimos de él y salimos de la residencia.

Una semana después, me di cuenta de algo, cada día que iba a visitarle parecía que se le olvidaban cada vez más cosas.

Me partía el corazón verlo en ese estado, ahí sentado mirando a través de la ventana como cada día, con un semblante incapaz de esconder su continuo deterioro, él no se daba cuenta de que iba olvidando su vida, no podía. Me acerqué y le di un abrazo, le pregunté qué tal estaba, no me contestó, intentó decir algo, pero me dio la impresión de que las palabras no le salían de la boca.

Pasó un mes. Era Navidad. Como todos los años nos reunimos toda la familia para celebrar Nochevieja. Repentinamente, alguien mencionó al abuelo. Todos pensábamos lo mismo, que el Alzheimer se lo estaba llevando



y nunca más iba a volver. De improviso pregunté, las palabras salieron de mi boca como un cañón, “¿Por qué el abuelo me dice que vamos a cazar ranas siempre que voy a verlo?”. Un tenso silencio inundó la sala, sentí como un escalofrío recorría mi cuerpo, “quizá no ha sido buen momento para preguntar eso”, pensé.

Instantes después, todo volvió a la normalidad, todos conversaban como al principio de la cena, todos menos yo, que temía que mis palabras no volviesen a ser las correctas. Todos habían esquivado mi pregunta.

Cuando terminamos de cenar, mi abuela me llamó, me llevó a la sala de estar y me dijo, “Respecto a lo que dijiste antes, creo que deberías de saberlo. Tu abuelo, cuando era pequeño iba a la charca de Valdelosa con sus primos, Cristóbal y Fidel, a cazar ranas. Era su pasatiempo favorito. La verdad es que no sé porqué te cuenta eso, era muy pequeño cuando lo hacía, tenía unos nueve años”.

“Como habéis notado, Celio cada vez está peor”, dijo el doctor de la residencia. “Ya ha entrado en la etapa intermedia y está apunto de entrar en la avanzada. Le hemos preguntado por vosotros y no se acuerda de vuestros nombres, ni de vuestras caras, tampoco se acuerda de como ponerse una corbata y ya no puede comer solo”.

- No nos va a recordar nunca, ¿verdad?- Susurré.

- ¿Perdone?
- ¿Qué si es verdad que no nos va a recordar?- Pregunté, de nuevo, con el tono de voz más elevado.
- Pues siento informarles de esto ahora, pero el señor Celio no va a recuperar la memoria.- Noté como una lágrima caía por mi mejilla en ese momento.
- ¿Y qué podemos hacer?- Pregunté.

El doctor contestó: “Lo único que podéis hacer es que disfrute de lo que le queda de vida junto a vosotros lo mejor posible mientras os recuerde”.

Salí de la residencia. Cuando llegué a mi casa imprimí la foto familiar que nos hicimos unos días atrás. Me dispuse a que mi abuelo no nos olvidara tan fácilmente.



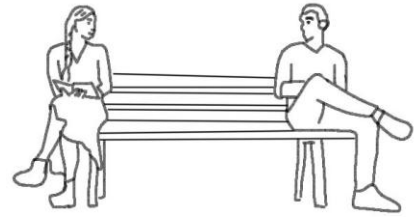
Desde ese día iba a visitarlo cada tarde, le enseñaba la foto y le decía los nombres de cada persona mientras los señalaba. No parecía que me prestase mucha atención, pero yo seguía haciendo mi máximo esfuerzo cada día para que por lo menos supiese mi nombre.

Al día siguiente volví a visitarlo, le enseñé la foto, como siempre. En cambio, lo que él me contestó fue: “Vamos a cazar ranas”. Sabía que no tenía nada que ver con lo que le decía, pero me alegré porque hacía tiempo que no escuchaba su voz, y no sabía si era la última vez que la oiría.

Pasó el invierno y mi abuelo ya no podía ni andar. No entendía cómo una enfermedad se podía llevar todos los recuerdos de una persona, sin más. Pero la parte que más me dolía era que, aunque hiciese mi mayor esfuerzo, no me recordaba, no recordaba a su familia. El Alzheimer era lo peor.

Una tarde, el doctor me llamó y me llevó al patio de la residencia. Nos sentamos en un banco debajo de un tejadillo y empezamos a hablar.

“Te he estado observando y sé que estás haciendo un gran trabajo por intentar que tu abuelo recupere la memoria. Es admirable. Pero has de saber que nada va a funcionar. El Alzheimer se lo ha llevado y nunca más va a volver a ser el mismo”, me dijo.



Noté como sus palabras me atravesaban el corazón y me lo partían en dos. “Es que... de verdad me gustaría que volviera a ser el mismo, que me cuide como lo hacía cuando era pequeña, ahora soy yo la que le cuida a él, me destroza verlo así”.

“Sabes, él no siente nada, es como si su mente estuviese en blanco todo el tiempo, en cambio, tú te estás preocupando demasiado por él. ¿Por qué no intentas que pase un buen rato a tu lado en vez de intentar que recupere lo que ya se ha ido?”, contestó.

“Creo que es una buena idea”, acepté asintiendo con la cabeza. “¿Le puedo preguntar algo?” El médico asintió. “¿Por qué mi abuelo me cuenta lo que le pasó cuando era pequeño, pero no sabe lo que pasa ahora?”

“El Alzheimer es así, hace que no perciban el presente, solo deja que se acuerden del pasado, por eso solo te cuenta lo que le pasó de niño, te cuenta su infancia”, me respondió con una voz serena.

Seguí las órdenes del doctor al pie de la letra. Iba a ver a mi abuelo todos los días y lo sacaba en silla de ruedas al patio, donde hablaba con él y le explicaba como se hacían algunas cosas que había olvidado.

Tiempo después, llegó su cumpleaños, pero él, por supuesto, lo ignoraba. Ya había llegado a la última fase. En la residencia se hizo una fiesta, en la que había pastelitos, bailaban pasos dobles y hacían juegos tranquilos, en los que no se movían mucho.

Llegó el momento, había preparado un discurso y lo tenía que leer ante todos los que allí se encontraban. Respiré profundamente y comencé: “Hoy es un día muy

importante para toda mi familia, pero sobre todo para mí. Hoy es el cumpleaños de Celio, mi abuelo. Sé que no sé acuerda de mí, pero aún así le quiero dedicar unas palabras. Lo único que le quiero decir es que espero que pase un buen cumpleaños. Sé que ha perdido la memoria, pero yo le sigo queriendo de la misma manera. Todavía me acuerdo cuando me llevabas al parque y te tirabas conmigo por el tobogán, como cuidabas de mí cada vez que mis padres no podían hacerlo. (Hice una pequeña pausa). Pero también me acuerdo del día que te diagnosticaron Alzheimer. Fue hace un par de años y algo dentro de mí cambió para siempre. Aún así, tú seguías con una sonrisa en la cara, intentando sacarme una sonrisa a mí, de cualquier forma. Ha pasado el tiempo, y ahora me toca cuidarte. Todavía no entiendo cómo una enfermedad consiguió que cambiases tanto, como hizo que nos olvidases a todos, (señalé a mi familia). Aún así, para mí sigues siendo un pilar imprescindible que necesito en mi vida. Hoy cumples un año más, y cada vez te haces más mayor. Pero quiero que sepas que estaré presente en cada momento de tu vida, en las alegrías y



en las tristezas, hasta el fin de tus días y te recordaré siempre. Sin ti no sería la misma. Te quiero abuelo.”

- “Yo también te quiero”, contestó de repente. No supe si había entendido mi discurso o lo dijo sin más, pero me llené de alegría por dentro y le mostré una gran sonrisa.